



TERREROS DE CORTEGANA EN AMÉRICA

Juan M. Romero de Terreros Castilla

Existe el apellido Terreros en la villa onubense de Cortegana desde mediados del siglo XVI. No se trata de un apellido demasiado común en España y del origen del mismo se conoce ser originario de las Encartaciones vizcaínas donde, en la villa de Zalla cercana a Valmaseda al oeste de Bilbao, continúa en pie una Torre llamada de Terreros de la que el linaje parece que adoptó el nombre (Romero de Terreros 25). El apellido Terreros existe también actualmente en Zaragoza, en Salamanca y en Madrid, aunque los de Cortegana no tengan relación parental con ellos. Sí lo tienen, en cambio, con la rama mexicana de esa familia que son de los que va tratar este trabajo, precisamente enfocado sobre la proyección americana del apellido.

La primera vinculación de alguien llamado Terreros con América existe desde el primer viaje descubridor de Cristóbal Colón a cuyo servicio figura un Pedro de Terreros que ignoramos donde nació pero sabemos que será el más fiel acompañante del Almirante hasta el punto de morir en su defensa en Jamaica antes de que finalizara el cuarto viaje, en el que fue capitán del navío Gallego. Pedro había casado con una mujer de Sevilla, María Herrera Camacho, que era pariente de los Pinzón. Vivía en Palos donde nacieron sus hijos. Un de ellos, de nombre Francisco, acompañó a su padre en el tercer viaje colombino e intervino en la toma de posesión de tierra firme que hiciera Pedro en nombre del Almirante por estar este enfermo. Se conocen bastantes datos de Pedro de Terreros gracias a las investigaciones de Alice Gould (Gould 374) sobre las tripulaciones de los viajes descubridores colombinos. Fue hombre apreciado por los Colón, sabía leer y escribir, algo poco frecuente a fines del siglo XV e hizo testamento antes de embarcarse en el 1492, lo que demuestra que algunos bienes tendría sobre los que poder disponer y sus descendientes mantuvieron, veinte años después de la muerte del Almirante, un pleito sobre unas cantidades debidas por los Colón a los Terreros.

Un nieto de este Pedro de nombre Diego natural de Palos, será quien establezca la conexión de los Terreros con Cortegana al casar con Inés de Ochoa natural de esta villa. A partir de que una hija de ambos, de nombre Elvira, se establezca en la villa serrana al casar con Juan Ruiz Pérez, el apellido Terreros existirá en Cortegana hasta nuestros días. Un hijo de Elvira llamado Diego contraerá matrimonio con Isabel de Castilla, perteneciente a una de las dos únicas familias del estado noble existentes en la villa: los Rioja y los Castilla. Les nacerá una hija Catalina de Terreros Castilla y Ochoa quien casó, en 1668, con Juan Vázquez Soriano que no era corteganes sino oriundo del Cerro del Andévalo aunque el matrimonio residiera en la villa serrana y también tendrán un hijo, llamado Bartolomé que volverá a llevar el apellido Terreros a América.

Hasta entonces la aventura americana no había atraído, de nuevo, a los miembros de esta familia aunque hubiera diversos vecinos de Cortegana entre los viajeros a Indias desde muchos años antes; concretamente en 1539, el 7 de mayo, se embarcan los primeros corteganeses conocidos que van para América: Francisco Hernández hijo de Hernán Domínguez Montefrío y de Juana Hernández, vecinos todos de Cortegana, y Teresa Rodríguez, su hija Isabel y su hermano Domingo Vázquez, así como Francisca hija de Francisco Gómez y de María Gómez. Habrá que esperar, por lo tanto, a que el hermano de Catalina, Bartolomé Terreros Ochoa, nacido en Cortegana en 1651, decida proseguir su carrera militar en Nueva España para volver a ver a un Terreros en el nuevo mundo. Del capitán Bartolomé Terreros conocemos bastantes actividades entre ellas destacan su participación en la defensa de Veracruz de unos ataques de piratas y su expedición a las islas Filipinas. Vivió hasta el final de sus días en la ciudad de México donde contrajo matrimonio con alguien perteneciente a un linaje enraizado en la Nueva España desde antiguo, María de Ayala y Ávila con quien fundará una familia plenamente criolla. Tuvieron dos hijos muy brillantes que, sin duda, debieron de ser una referencia para otros Terreros de Cortegana: Antonio Terreros Ochoa, abogado de la Real Audiencia y titular de tres cátedras en la Universidad de México en la que figura como consiliario en 1697. El segundo hijo, José Benito de Terreros, fue contador mayor del Real Tribunal de Cuentas de México.



Los nietos del capitán Bartolomé Terreros tendrían, también, cierto protagonismo social relevante en la sociedad criolla novohispana. Especialmente el hijo de Antonio, el padre jesuita Antonio Terreros, nacido hacia 1709, fue maestro de Letras humanas en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo y de Filosofía en Guadalajara ciudad donde murió en 1749. Los hijos de José Benito procedían de dos matrimonios de su padre. Del primero tuvo a Joaquín José, a Gertrudis Ignacia y a Bartolomé Manuel de Terreros. Tras enviudar contrajo segundo matrimonio con Francisca Rosa de Sousa y Castro emparentada con la familia descendiente de Hernán Cortés. De ella tuvo a Ana María de Terreros quién, a su vez, casó con Santiago Villanueva que fuera regidor de Querétaro y cuyos descendientes consolidarán su posición social con matrimonios relevantes. Aparece así la conexión queretana de los Terreros en México que será de especial relevancia para una nueva generación de Terreros corteganeses que intentan la aventura americana años después.

Un sobrino del capitán Terreros saldrá de Cortegana para instalarse, precisamente, en Querétaro no más tarde del 1708 para dedicarse a una profesión bien diferente de las de sus parientes mexicanos. Juan Vázquez de Terreros se instalará como empresario mercantil comerciando en diversos géneros: desde lanas y paños al abastecimiento de todo tipo de productos. Era habitual en un caso de éxito comercial como el suyo requerir la presencia, a su lado, de sobrinos de la península para ayudar a dirigir mejor los negocios en vez de reclamar la colaboración de parientes criollos. Cuanto mas al no contar con hijos varones en edad de poder trabajar con eficacia en la empresa. Juan Vázquez de Terreros tuvo cuatro hijas y un solo hijo de corta edad en la época de prosperidad comercial de sus negocios. Por eso recurrió a sus hermanas en Cortegana recabando la presencia en Querétaro de su ahijado Francisco, el hijo mayor de Ana Vázquez de Terreros Castilla y de su marido José Romero Felipe, nacido en 1697. Apenas dos años mayor que su primo hermano Alonso, hijo de la otra hermana del comerciante queretano Isabel que también irá a Nueva España muy joven, quizá viajando al mismo tiempo que su primo Francisco, sin que acabe interesándose por otros negocios que no fueran los de su vocación misional franciscana.

Juan Vázquez de Terreros fue persona de una piedad casi excesiva. Miembro de la docena de cofradías religiosas existentes en Querétaro, terciario franciscano, al enviudar se hizo hermano lego de la Compañía de Jesús, dedicándose más a las devociones que a sus negocios. Tres de sus hijas profesaron como monjas clarisas en el mismo convento queretano donde pidió ser enterrado. Su interés por su villa natal Cortegana también está relacionada con la perspectiva piadosa. Contribuyó a obras de reparación de la iglesia del castillo y, mediante dos donaciones a la iglesia del Salvador, envió o hizo enviar uno de los legados de plata labrada indiana más importantes de la época de los que hay documentada noticia. Por el primero de ellos fue elegido hermano primero y mayordomo después de la hermandad Sacramental de la iglesia parroquial (Sánchez Cortegana, 82 y Heredia Moreno, doc. 34. Catálogo de la exposición Plata labrada de Indias, 32). También instituyó una capellanía en su testamento con la obligación de efectuar devociones en honor de la Virgen de la Piedad que no se constituyó hasta el 19 de diciembre del 1739, cuatro años después de la muerte del propio Juan Vázquez (Libro de cuentas de la Fábrica de Cortegana 1741-1750, 328-349) vinculando las tierras en Cumbres de San Bartolomé siguientes: Campillo Bajo, Campillo Alto, Cañada de Rangel, Uzeda, Puerto Bermejo y Vega del Cebollar.

Precisamente relacionado con el citado primer envío de plata labrada a Cortegana que se pretende efectuar en 1729 aparece un nuevo Terreros en México; se trata de Pedro Romero de Terreros, hermano de Francisco, que está ya en Querétaro con 18 años de edad en esa fecha dedicado, también, a trabajar y a administrar la empresa mercantil del tío Juan. Ante la trágica muerte en Veracruz cuando está a punto de embarcar para España de Francisco, será Pedro quién efectúe el embarque de los 140 kilos de plata labrada que se envían a la iglesia parroquial de la villa de Cortegana. Esta importante primera gestión del joven Pedro parece un antecedente de su estrecha vinculación posterior con aquel preciado metal. El segundo envío de plata a Cortegana, en 1741, será obra tanto de Pedro como de su tío Juan que lo decidiera inicialmente, dadas las dificultades financieras que Pedro tuvo que superar, como ejecutor testamentario, para cumplir con los compromisos contraídos para la villa natal de ambos. Así se recordará años después en las declaraciones de los vecinos corteganeses en el expediente de concesión de la Orden de Calatrava a Pedro.



Pero volvamos un poco atrás. He citado a un Terreros que en vez de dedicarse a los negocios escogerá la vocación religiosa como profesión. Alonso Giraldo de Terreros, primo de Francisco y de Pedro, profesará en la ciudad de Querétaro en 1721 en la orden franciscana. Poco después de la muerte de su primo Francisco en Veracruz él se encontrará ya muy lejos en los confines de la frontera noreste de Nueva España, en lo que hoy es el Este de Texas, como misionero en la Misión de la Concepción.

Los primos hermanos Alonso y Pedro serán los Terreros mas relevantes de cuantos estuvieron relacionados con América. Las vidas de ambos serán muy distintas a pesar de un inicio similar de ambos en Querétaro. Alonso fue uno de los misioneros mas importantes de la frontera norte de la Corona española en América, cien años antes de que ese mismo espacio fuera descubierto como Far-West por los invasores angloamericanos. Pasó treinta años de su vida sacerdotal dedicado a misionar nativos de Coahuila y de Texas; protagonizó el primer establecimiento de una misión para los apaches: la Misión de San Lorenzo sobre el Río Bravo o Grande del Norte en 1754 y dos años mas tarde se encargaba del plan misional para los apaches en el río San Sabá, en el centro de Texas, donde la misión de la Santa Cruz será completamente destruida por una importante coalición de guerreros indígenas liderada por los comanches, enemigos acérrimos de los apaches para quienes el establecimiento misional se había creado. En este ataque, el único que terminara tan trágicamente en toda la época española de la frontera norte, murió el fraile Terreros junto con otros doce súbditos de la Corona. Por eso puede ser considerado el apóstol de los apaches por cuyo bienestar material y espiritual ofreció su vida (Romero de Terreros, 45). El Consejo General de Misiones de España ofreció, en 1958, a Cortegana una placa de mármol en recuerdo de su esfuerzo con ocasión del segundo centenario de su muerte y la Corporación municipal lo declaró hijo predilecto de su villa natal al año siguiente.

Su primo Pedro tendrá un destino opuesto: frente a la pobreza franciscana de Alonso, destaca su empeño en crear la que fuera mayor fortuna de su época al combinar, con tesón y suerte, sus actividades de comerciante, financiero, latifundista y minero de las fabulosas minas de plata de Pachuca y del Real del Monte, cuyo mineral elaboraba y refinaba en sus



tres Haciendas de la región. Junto a la riqueza ambicionó y consiguió los mayores honores que de la Corona podían obtenerse en una época en que esta premiaba a los súbditos emprendedores que tuvieran éxito: Alcalde de las ciudades de Querétaro y de Pachuca, Alférez Real, así como caballero de la Orden de Calatrava con dispensa Real de hidalguía, antes de conseguir el Condado de Regla, así denominado en recuerdo de la Virgen de Chipiona patrona de navegantes a Indias en peligro. También consiguió los Marquesados de San Cristóbal y de San Francisco para sus hijos varones. Pero además otra de sus metas fue crear una familia propia que iniciara un auténtico linaje que pervive en el México actual emparentado con las familias más exclusivas mexicanas.

Es legendaria la caridad ejercida por Pedro Romero de Terreros con los pobres y con las instituciones de la Iglesia católica, especialmente con instituciones y conventos franciscanos, pero también prestó dinero sin interés a la Corona y contribuyó a operaciones militares en apoyo a las tropas españolas que ayudaban la independencia de los Estados Unidos. Esas aportaciones tenían una consideración más laica y moderna que religiosa lo que a veces se olvida citar. El mismo carácter hay que conceder a su aportación al Hospicio de pobres y a la creación y sostenimiento del Monte de Piedad de México –aún en funcionamiento– e, incluso, a su financiación del plan de misiones para los apaches en Texas, de hecho un instrumento para intentar asegurar la frontera norte virreinal, sin olvidar su insólita oferta, cumplida tras su muerte, de pagar todo un navío de guerra a la Corona.

Pedro envió a sus tres hijos varones - Pedro, Francisco Javier y José María- a educarse a Madrid, por ser sede de la Corte, donde fallecerá, muy joven, el segundo de ellos y donde sorprenderá la muerte de su padre, en 1781, a los otros dos hijos que regresarán a México; el mayor- segundo Conde de Regla- para asumir su herencia como primogénito y el tercero para convertirse en Marqués de San Cristóbal. El Marquesado de San Francisco fue utilizado por decisión Real por la hija mayor María Micaela. Del flamante Marqués de San Cristóbal sabemos que hizo la entrega, en La Habana en 1786, del navío de 112 cañones y tres puentes que su padre había ofrecido al Rey y que, con el nombre de Conde de Regla, alias El Terreros, participó en la batalla del cabo San Vicente y fue dado de baja en



Cádiz en 1811. Sabemos que se sintió atraído por la Francia revolucionaria y por el primer Imperio, instalándose en París donde engendró un hijo natural no reconocido por la familia en México. José María Romero de Terreros se dedicó a extravagantes estudios, más de alquimia que de química, y murió en una accidental explosión de su laboratorio en 1818, enterrándose sus restos en la capital francesa.

No habrá mas presencia de Romero de Terreros mexicanos en España durante bastante tiempo hasta que, hacia mediados del siglo XIX, aparece por la Corte de Isabel II un Juan Romero de Terreros que sería el cuarto Conde de Regla. Al contrario que el resto de su familia no aceptó la consolidación de la República mexicana, renunció a su nacionalidad y pidió pasaporte español que le fue concedido. En Madrid publica, en 1851, una biografía del primer Conde acompañada de la transcripción de documentos con el detalle del valor monetario de todas las donaciones, caridades e inversiones públicas que llevara a cabo el primer Conde. Sin duda con el ánimo de presentarse como descendiente de tan brillante y generoso súbdito. La fortuna de Juan Romero de Terreros y, sin duda, otras dotes personales le hicieron ganar la benevolencia Real hasta el punto de serle elevado el título a Ducado de Regla con Grandeza en 1859. Sin embargo esos éxitos sociales serán limitados, al parecer dilapidada su fortuna, marcha de España hacia 1866, y enferma primero y acaba por fallecer después en Panamá, cuando, sin duda, intentaba el regreso a México a obtener el perdón y la ayuda de su familia. El sería el último Terreros mexicano en residir en España y no hubo ningún otro miembro de la rama familiar corteganesa que intentara, nuevamente, la aventura americana, ni tampoco se mantuvo contacto alguno entre miembros de ambas ramas de la familia.

Hacia 1945 se inician, no obstante, intercambios escritos entre el Marqués de San Francisco Don Manuel Romero de Terreros y mis padres restableciéndose, al menos, un contacto epistolar entre esos parientes de ambos lados del Atlántico que cristalizan- unos diez años después- en la donación, por el primero, de una pintura de una Virgen Dolorosa del afamado pintor mexicano Cabrera a la Iglesia parroquial de Cortegana. Al mismo tiempo la Corporación municipal de la villa dedicaba una calle céntrica al Conde de Regla. Mucho tiempo después, con ocasión de un viaje

mío a México en el año 2002 para pronunciar una conferencia en el Centro de Historia Colonial Codumex sobre el proyecto misional para los apaches en el río San Sabá, pude – sin duda de manera bien mas modesta – corresponder a aquel gesto generoso de un Romero de Terroros mexicano hacia Cortegana ofreciendo al actual Marqués de San Francisco Don Luís Romero de Terroros una pintura popular del siglo XVIII, propiedad de mis padres, representando a la Virgen Santa María de Regla, la primera devoción de aquel joven corteganes que ganara inmensa fama y fortuna en el México de mediados del siglo XVIII.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL:

CANTERLA, F.: “Vida y obra del primer Conde de Regla”. Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1975.

CASTAÑEDA, C.E.: “Our Catholic Heritage in Texas”. Austin, 1936-1950.

CHÁVEZ OROZCO, L.: “Conflicto de trabajo con los mineros del Real Monte, año de 1976”. México, 1960.

CHIPMAN, D.E.: “Spanish Texas 1519-1821”. University of Texas Press. Austin, 1992.

COUTURIER, E.: “The Silver King”. New Mexico University Press, 2003.

GÓMEZ CANEDO, Fray Lino: “La breve y trágica historia de la Misión de los Apaches”. España Misionera, Consejo Superior de Misiones. Madrid, nº de abril-junio de 1958.

GOULD, A.B.: “Nueva lista documentada de la tripulación de Colón en 1492”. Real Academia de la Historia. Madrid, 1984.

NORIEGA DE AUTRAI, M.N. : “Revisión y prospectiva historiográfica de Pedro Romero de Terroros”. IV Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. Donostia, 1995.

ROMERO DE TERREROS CASTILLA, J.M.: “San Sabá, Misión para los Apaches”. Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. Delegación en Corte. Madrid, 2000.

SÁNCHEZ, J.M.: “Cortegana, la Iglesia Parroquial del Divino Salvador”. Cortegana, 1995.



WEDDLE, R.: "The San Saba Mission". University of Texas Press, 1964. Segunda edición en Texas A&M, 1999.

YBARRA, J. y GARMENDIA, P.: "Torres de Vizcaya". Instituto Diego de Velázquez. CSIC. Madrid, 1946.

